

Raudón, cirujano poblano de 1810*

Acad. Dr. Ivanhoe A. Gamboa-Ojeda**

Resumen

La Universidad Autónoma y el Gobierno del Estado de Puebla acaban de reeditar, en un facsimilar, el libro del Dr. José Joaquín Izquierdo: Raudón, cirujano poblano de 1810, aparecido por primera vez en 1949. El texto refiere el entorno quirúrgico de principios del decimotercero siglo en la Ciudad de Puebla y particulariza sobre el ejercicio médico y quirúrgico en el Real Hospital de San Pedro, gran institución nosocomial que sirviera durante 374 años y que viera nacer la Escuela de Medicina (hoy Facultad de Medicina de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla). Detalla también la lucha de un cirujano de provincia contra el Protomedicato para poderse acreditar como cirujano y señala varios pormenores epidemiológicos, médicos, terapéuticos y quirúrgicos del entorno. Las instituciones que la editaron juzgan que se trata de un documento histórico de singular valía para conocer varios aspectos de la cirugía en la vida del México pre y postindependiente.

Palabras clave: facsimilar, Protomedicato.

Summary

Recently, the Universidad Autónoma of Puebla, Mexico and the Puebla Government reedited Dr. José Joaquín Izquierdo's facsimile book: Raudón, poblano surgeon from 1810. The original edition appeared in 1949. Izquierdo's book refers to the early surgical environment in the XVIII century in the city of Puebla and particularized the medical and surgery praxis into the Real Hospital de San Pedro, the great institution that attended the ill for 374 years, and in which the Puebla Medical School (now known as the Faculty of Medicine) was born. The text also details the fight of the provincial surgeon against the Mexico City Protomedicato to achieve authorization as a surgeon and named many epidemiological, medical, therapeutic, and surgical issues. The institutions that edited Izquierdo's book adjudged that this document had a singular value for knowing some aspects of surgery in Mexico pre- and post-independence life.

Key words: Facsimile, Protomedicato.

La Secretaría de Salud del Estado y la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) acaban de editar un facsimilar de 299 páginas en 21 capítulos del libro del primer fisiólogo mexicano, Dr. José Joaquín Izquierdo Raudón (Puebla, 1893 - Ciudad de México, 1974) (Figura 1), aparecido por primera vez en 1949: Raudón, cirujano poblano de 1810 (Figura 2).

La excelente reedición, de la que se tiraron 1,000 ejemplares que estuvieron al cuidado de Francisco Téllez Guerrero, fue hecha en tamaño medio legal e impresa en letra—desde luego, copiada del original— tipo Baskerville de 11 puntos, en papel cultural y encuadernado en pasta gruesa. La segunda y tercera de forros contienen dibujos que el mismo

autor, José Joaquín Izquierdo, realizó sobre la arquería del Real Hospital de San Pedro de la Ciudad de Puebla (actualmente Museo del Arte Virreinal), enorme edificio en el centro de la ciudad construido *exprofeso* para fines de atención al enfermo desde mediados del siglo XVII y que por 374 años funcionara como el principal nosocomio de la región oriente y sureste de México. La edición original de 1949 constó de 3,000 volúmenes.

El libro es hoy presentado por el médico Roberto Calva Rodríguez, director de Estudios de Posgrado del Área de la Salud de la UAP y lleva también un estudio introductorio del historiador Jesús Guevara Martínez de cuya lectura emana la atmósfera constitutiva de la trama médica y quirúrgica de la época, de agradable e imprescindible lectura para el despeje de brumosidades y el mejor gusto del texto. La lectura del libro sobre Raudón permite el goce de pormenorizar en la vida médica y quirúrgica de principios del decimotercero, en un tiempo en torno a la Independencia de México⁽¹⁾.

El texto de Izquierdo, resucitado del natural olvido obsequiado por el tiempo, no es novelado ni heurístico. Se trata de un trabajo reflexivo, historiográfico (porque abundan en sus páginas pequeños *clisés* de portadas clásicas sobre la medicina mexicana), con varios dibujos muy buenos hechos

* Libro del Dr. J. Joaquín Izquierdo, reeditado, que narra aspectos de la cirugía mexicana a principios del siglo XIX.

** Profesor titular y Tutelar en las Cátedras de Genética e Historia y Filosofía de la Medicina. Facultad de Medicina de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Secretario del Capítulo Oriente de la AMC.

Recibido para publicación: 13-06-2000.

Aceptado para publicación: 16-06-2000.

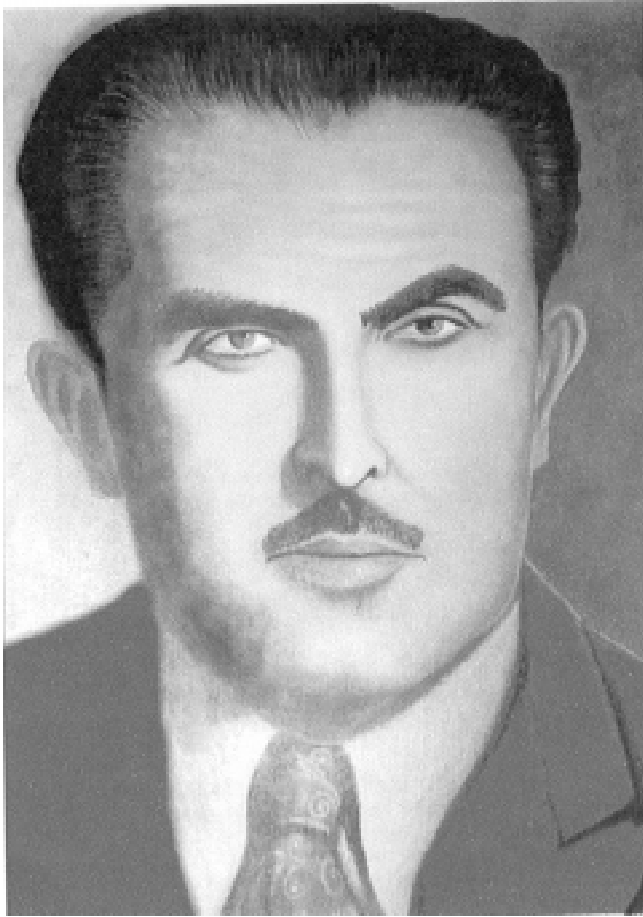


Figura 1. Dr. José Joaquín Izquierdo Raudón (de un retrato al óleo de la biblioteca del área de la salud de la BUAP).

por el autor, en tinta china o acuareleados en tonos grises de diferentes matices, que recrean la vida de su tío bisabuelo, el médico poblano Juan Nepomuceno Raudón (1788-1843) (Figura 3) y sus vicisitudes para ser reconocido como cirujano. El parentesco del autor se desprende al leer las páginas del libro y al conocer su biografía (Figura 4).

Entre el ambiente contrario al triunfo de Raudón, la figura heroica del cirujano que arrojó los bloques obstaculizantes con paciencia de santo y con acogimiento a una voluntad divina que finalmente lo premió, vale destacar el celo extremo y casi descalificador con que el Protomedicato (entonces el organismo designado por la Corona y el Virreinato para validar los estudios médicos), se oponía a reconocer a la Cirugía como esa parte superior y mayúscula del quehacer médico que ciertamente es. Los cirujanos del tiempo de Raudón eran infraestimados y su oficio estaba lejos de la consideración artística y científica que más tarde habría de legitimar el tiempo.

Feliz y terminalmente, a Raudón, la Independencia de México lo ayudó a ser reconocido como médico y como ciruja-

no; pero las adversidades y los obstáculos que tuvo que vencer fueron muchos.

En las páginas de este excepcional documento, que tiene como subtítulo “aspectos de la cirugía mexicana del siglo XIX en torno de una vida”, el lector podrá sentir la magnitud nefasta de las repetidas epidemias de viruela que asolaron nuestra patria y la lucha librada por la Expedición de la Vacuna para yugular el daño de la infección. Podrá condolerse con la imprudencia de uno de los niños vacunados en una de las muchas epidemias, que, no aguantando el prurito, se rasgó la llaga prendida infectándose la herida e impidiendo que el pus fuera favorable para vacunar a casi 4,000 habitantes de Tehuacán. Muchos murieron en esa epidemia de 1817-19. Raudón mismo, sobreviviente de la viruela cuando niño y picado por ella en 1797 (su descripción física en su título de médico, extendido por el Real Tribunal del Protomedica-

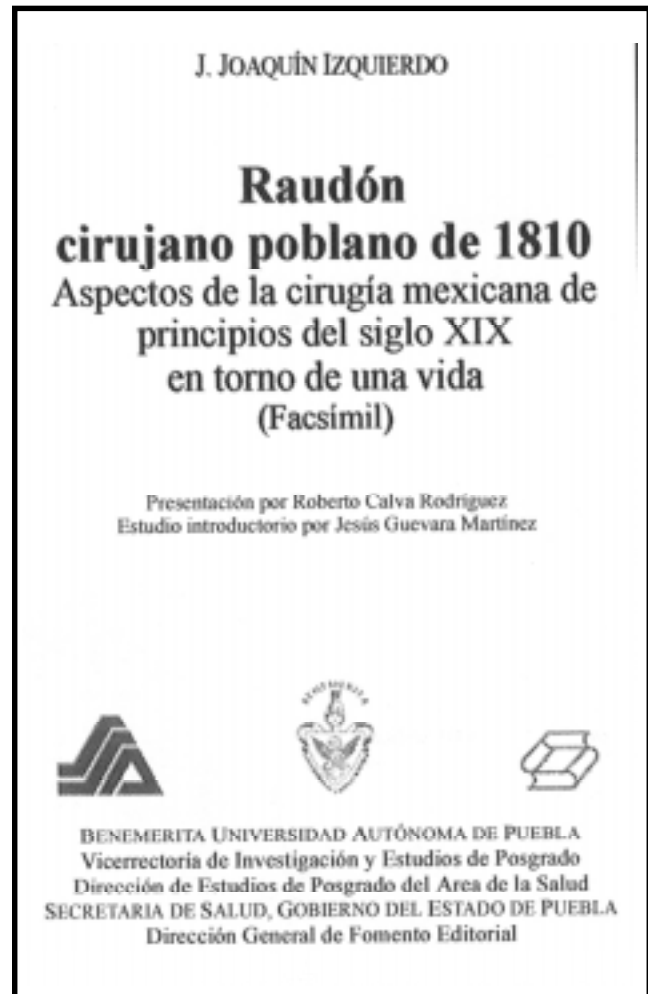


Figura 2. Contraportada del libro del Dr. J. J. Izquierdo.



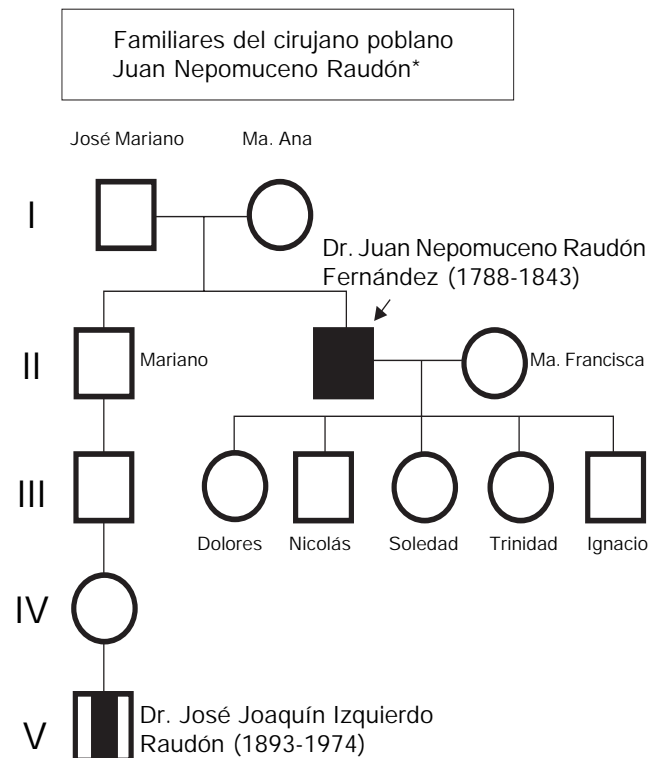
Figura 3. El Dr. Juan Nepomuceno Raudón, cirujano poblano de 1810.

to el 21 de febrero de 1810, decía: hombre de estatura mediana, color rosado, cariaguileño, ojos aceitunos, cejijunto, nariz aguda, barba y pelo castaño, hoyoso de viruelas...), vivió gran frustración al ver estrellarse sus esfuerzos contra esa malhadada adversidad del destino.

Las líneas de José Joaquín Izquierdo (Figura 4) aprovechan la narrativa simple para ubicarnos en el contexto morboso de la primera epidemia de cólera que, en 1833, diezmo a los mexicanos. También, por las páginas de *Raudón, cirujano poblano de 1810*, transita la hechura, fuerte y necesaria, de la Academia Médica Quirúrgica de la Puebla de los Ángeles, organismo singular en el contexto científico y académico formalizado en 1820 y que, directamente, dio franca entrada para que el 6 de junio de 1831 el Gobierno del Estado de Puebla aprobara la creación de una escuela de medicina, misma que empezó a funcionar el 6 de enero de 1834, en un par de cuartos pequeños en una especie de *mezzanine* conductor a las azoteas del Hospital Real de San Pedro. La adjetivización de “Quirúrgica” para un quehacer médico, le confirió un vigor poderoso a la Academia y sentó (en el inicio del México independiente) una tónica adelantada de reconocimiento para el trabajo del cirujano.

Izquierdo aprovecha hábilmente los capítulos para contar-nos brevemente la historia del Real Hospital de San Pedro, haciéndonos saber que la institución recibía hasta unos 6,000 pacientes por año y que moría en ella poco más de 11% de ese total. La arquitectura del inmueble ponderaba abovedados y catedralicios recintos rematados en la parte alta en una torreta de ventanas rectangulares y pequeñas aberturas, dispuestas así para dejar salir los miasmas de los propios enfermos que, de respirarse –se pensaba así– resultaban nocivos para cualquier doliente. En las azoteas del San Pedro se pueden admirar todavía estos detalles arquitectónicas del inmueble.

En las páginas de la obra, José Joaquín Izquierdo aprovecha el capítulo X para contar los “orígenes de la profesión y campo de actividad del cirujano”, refiriendo al lector cómo médicos griegos, romanos y bizantinos, ejercieron al mismo tiempo que su profesión médica, la cirugía. Nos dice cómo las cosas cambiaron en el medioevo “cuando el carácter clerical y de obligado celibato de los profesores que enseñaban medicina y cirugía en la Universidad de París, por atender el mandato eclesiástico de no verter sangre, los obligó a delegar sus funciones de operadores en los *barbitonsores* o barberos, que hasta entonces no habían sido más que servidores suyos, tan sólo capaces de sangrar y de afeitar”. Equivoca-



*Genealogía extraída de la lectura del libro de J. J. Izquierdo.

Figura 4. Árbol genealógico de los Raudón.

ción ésta, sin duda, muy desafortunada para la causa profesional del cirujano.

Dice Izquierdo, a propósito de Raudón, que “después, los cirujanos vinieron a estimarse como *latinos*” (los “buenos” y preparados, versados en el arte de saber estudiar en latín y de conocer gramática) y *romances* (incorrectamente estimados como menos competentes que los primeros). Precisamente la lucha de Raudón se centró en ser reconocido como un cirujano latino, cosa que finalmente obtuvo.

Abunda en el texto de Izquierdo la referencia pormenorizada del quehacer quirúrgico de la época. Los escritos de Galeno, particularmente el *Segundo Libro sobre Método Terapéutico*, seguían siendo el texto obligado para el cirujano. Igual se estudiaba el libro *Comentarios sobre los libros quirúrgicos hipocráticos*. Más tarde, en 1780, la *Cirugía Expurgada* de Juan de Gorter, maestro en artes liberales, doctor y catedrático de medicina y protomédico, vino a marcar un hito en el aprendizaje quirúrgico porque actuó como recopilador del quehacer del escalpelo, la aguja y el hilo, que se tenía en la época, aunque no aportó grandes cosas a cómo tratar heridas arteriales, hemorragias y aneurismas o cómo abordar las várices y las almorranas. Una mención especial merecen las propuestas para tratar, quirúrgicamente, el cierre del labio leporino.

El capítulo XI del libro de Raudón, *cirujano...* continúa la enseñanza sobre la cirugía de la época refiriéndose a “Los recursos terapéuticos del cirujano de principios del siglo XIX” y se centra, puntualmente, en señalar la necesidad de que, imprescindiblemente, el cirujano “supiese de materia médica... El conocimiento de la naturaleza común y de la naturaleza particular de cada individuo es la base de la terapéutica”, recuerda Galeno en la primera página de su opus *Acerca del método terapéutico*. Y Raudón se empeñó—según cuenta Izquierdo— en apreciar esta verdad como pocos.

Por las entrelíneas de la época, Izquierdo aprovecha también para discurrir el famoso libro *Instituciones Chirúrgicas y Cirugía Completa Universal*, de Lorenzo Heister (1683-1758), traducido al castellano por don Andrés García Velázquez. El aceite de trementina, el vino alcanforado, el bálsamo de Arceo o el del Perú, son esencias que Raudón debió haber usado ampliamente “para que estorbe el que no entre alguna inmundicia en la herida y la defienda del aire”. Más adelante el texto se anega en las heridas impuras o sórdidas, donde aparece claro el concepto de regeneración (o cicatrización) “por segunda intención”, que es “carne... que nace... por beneficio de la sangre, la cual, circulando, depone siempre algo la naturaleza por los vasos cortados con modo maravilloso, hasta que la herida está llena”, pasando luego por los medicamentos narcóticos referidos en el capítulo XVII de la obra de Heister: el azíbar hepático, el alvayalde, el croco de Marte y el cobre quemado, el olivano y la farcocola, “...todo como mezclado en el aceite de therbentina sin ácido,

cal de vitriolo muchas veces (*sic*) lavada y hecho todo un linimiento farcótico fuerte” (*sic*).

En el mismo capítulo, Izquierdo escribe sobre las operaciones, donde la flebotomía se erguía como la intervención suprema, recetada por todos y para todo, y nos precisa que, en la época, el recurso quirúrgico era extremo porque “es de atribuirse a que los cirujanos de la primera década del siglo XIX, conscientes de los grandes sufrimientos y de los peligros inmediatos y tardíos a que exponían a sus operados, sólo practicaban intervenciones quirúrgicas sencillas, o aquellas en las cuales parecía que estaba la única esperanza de salvación”. Pero, en el mismo capítulo, Izquierdo cuenta de cinco individuos trepanados con éxito entre 1804 y 1811 (quizá alguno de ellos en el Real de San Pedro) cuyos casos alcanzaron a ser publicados en la *Gazeta de México*, tomo xii, pág. 230 del año de 1805.

Más adelante: “Las amputaciones de miembros eran practicadas de manera excepcional, puesto que, con sobra de razón, los mismos maestros de la cirugía las calificaban de ‘terribles, crueles y lastimosos trances.’” Una lista de instrumentos es referida y muchos de ellos son dibujados por el autor Izquierdo. La descripción de cómo debe proceder el cirujano para la amputación, es muy precisa: “El enfermo se colocará en una silla baja en medio del cuarto, para que de este modo quede lugar libre... El cirujano debe ponerse entre los dos pies del paciente y los ministros (ayudantes), que a lo menos debe haber seis, uno de ellos se pondrá a las espaldas del enfermo para contener su cuerpo, otro al lado del brazo que se ha de amputar, para que le tenga por la parte superior al codo; el tercero debe tener asida la mano del paciente; el cuarto estará en el mismo lado con el aparato de los instrumentos, para que el cirujano los tome con facilidad, el quinto para que suministre las demás cosas necesarias a la delicación y el sexto, finalmente, estará pronto para corroborar al doliente y para lo que mandase el cirujano”.

Y en un párrafo después: “Entre los cirujanos antiguos y modernos, no pocos son de opinión de que el flujo de sangre de las arterias debe ser reprimido solamente por adustión o cauterio actual, que no sólo es muy molesta y horrible a los pacientes, sino que también es muy dudosa y peligrosa, porque por la mayor parte, poco después del tercero día se desprende de estas partes la escara inducida del fuego, y con facilidad se concita nuevo flujo... Para evitar semejantes molestias y peligros, usan los cirujanos modernos el ligar o enlazar las arterias cortadas en el brazo inferior o en la tibia, valiéndose para asirlas de las tenacitas llamadas pico de cuervo, enlazándolas con aguja corba, e hilo encerrado y fuerte...”

¡Y claro que los cirujano de la época lavaban sus manos y los instrumentos empleados!, sólo que, a diferencia de los actuales, “los de antaño lo hacían hasta que habían terminado”.

En general, gracias al altruismo del comisario Juan Ignacio Doménech, hombre filantrópico, Izquierdo cuenta cómo su tío bisabuelo llegó al Real de San Pedro cuando hacía diez años que “la sala de operaciones había sido arreglada y dotada... con un armario con entrepaños forrados de terciopelo, para guardar los instrumentos; mesas con lebrillos y jarras; otros armarios para guardar las hilas, vendas, cabezales y algunos medicamentos, y una mesa de madera blanca, algo más chica y baja y sobre todo más angosta que las de uso corriente en las casas, sobre la cual eran colocados los enfermos, para la práctica de diversas operaciones”.

Sorprende saber (para los legos no nos queda otra palabra) que había un ¡álgebra de la Medicina!, una “parte de la cirugía que enseña a reducir los huesos a su figura y articulación natural” y que se ponía una especialísima dedicación en los vendajes.

La vida quirúrgica de Raudón no se limitó al aprendizaje y quehacer en el poblano Real de San Pedro, sino que emigró por un tiempo a México, “para cumplir sus tareas de anfiteatro” (aprendizaje en cadáveres, desde luego) en la *Real Escuela de Cirugía*, que, desde su fundación en 1770, venía funcionando anexa al Real Hospital de Naturales. Esta escuela –nos recuerda el Izquierdo que fuera uno de los fundadores de la Escuela Médico Militar mexicana– era “una institución de índole rigurosamente militar... sus alumnos usaban uniforme, gozaban de fuero militar, recibían gratuitamente la enseñanza, y después de recibirse, eran preferidos para los destinos del ejército y la armada.” Izquierdo señala puntualmente que la institución... fue la precursora más remota de nuestra actual Escuela Médico Militar.

Era corriente en la época que “los cirujanos que salían de la Real Escuela no se presentaran a cubrir plazas de cirujano militar, sino con gran repugnancia, no sólo por lo bajo del sueldo que percibían, sino más que nada, por el trato indecoroso que se les daba, y porque al cabo de estar sirviendo por años, no se les daba pensión.”

Juan Nepomuceno Raudón fue, sin duda, un médico cirujano brillante, requerido por sus pacientes y ampliamente recomendado; de alma generosa. Su esposa, fallecida en 1825 en una de tantas epidemias, le dejó cinco hijos: Dolores, Nicolás, Trinidad, Soledad e Ignacio (Figura 4), a quienes educó con esmero; pero, una vez que los vio casados se propuso él mismo para atender la Ciudad de Tehuacán, donde no había médico alguno y, con muy poca garantía económica, marchó a ella. Por ese entonces Tehuacán tenía, “... 4,547 habitantes, de los cuales tan sólo 56 eran europeos. Poseía un hospital, el de San Juan de Dios, para entonces ya tan decaído que sólo servía de casa de asilo de caridad.”

La fe cristiana de Raudón lo llevó a buscar ordenarse sacerdote, cosa que consiguió algunos años antes de su muerte. El ejercicio de la profesión pasó a un plano mejor porque Raudón era un estudiante constante, muchas veces espiri-

tual, profundamente filosófico y humano pero, sobre todo, reencontrado en y con el alma, pues el presbítero Raudón siguió atendiendo una consulta médica creciente y casi gratuita. Las autoridades eclesiásticas le ofrecieron una capellanía en un lugar denominado El Calvario, donde “acudían en solicitud de sus auxilios, sus pobres enfermos, muchos de los cuales, o sus familiares –según después fue muy sabido en Tehuacán, por años, después de la muerte de Raudón– conservaron en cuadros las recetas con las que creían haber recibido de él un gran bien.”

Casi en pleno trabajo, una apoplejía segó la vida de Juan Nepomuceno Raudón, cirujano poblano, el 22 de enero 1843. Había vivido 55 extraordinarios años.

El autor de este excepcional recuento histórico/familiar, de entretelones quirúrgicos, José Joaquín Izquierdo, fue un médico mexicano brillante que estudió en varios países y que tuvo –entre otros muchos– el mérito de ser el primer médico latinoamericano en ingresar a la American Physiological Society; tradujo libros y fundó cátedras de fisiología. Como historiador su labor es semejante a la que realizó como médico, fisiólogo y maestro. Presidió la Academia Nacional de Medicina, a la que había ingresado en 1920 y realizó un *Primer ensayo de farmacopea mexicana*. Recreó los temas del Brownismo y del Hipocratismo en México y presidió el Primer Congreso Mexicano de Ciencias Fisiológicas. Fue profesor emérito en la Universidad Nacional Autónoma de México. Además de ser excelente dibujante era hombre de ideas claras y firmes, maduras y de una solidez precisa al momento de expresarlas. Solía unir el decir con el hacer y esta cualidad le fue sobresaliente⁽²⁾.

La lectura de la reeditada obra de Raudón es un hilo quirúrgico en el tiempo que une los bordes de dos momentos casi separados por 200 años: el México independentista en trance y ya cuajado, y el México actual, con su moderno y gran desarrollo de la Cirugía. Entre ambos instantes de larguísimo plazo, está el boquete de una herida pretérita en donde el arte y el saber de la Cirugía no eran cosas aceptadas como parte del quehacer médico y en donde existía un franco repudio a todo mal que podía sanar a través de la profesión quirúrgica. El hueco de tal división se fue cerrando con la costura firme del avance del tiempo, con el advenimiento de la anestesia (ocurrido en 1846, tres años después de fallecido Raudón) y con el nacimiento de la asepsia y antisepsia. El Protomedicato, al negarse a espaldarear la cirugía que conocía y practicaba Raudón, sólo dejaba entrever el muy dudoso proceder de algunos que teniendo el poder para dictaminar sobre el saber de otros (saber sobre el que, ordinariamente, apenas conocen) se yerguen con una especie de voluntad mortificada por el prurito oficioso de extremar un celo torcido que, aunque en su opinión más los autoriza, en realidad más los desdice como humanos capaces de apreciar en otro las virtudes que ellos mismos no poseen. Esto, hasta donde

se tiene memoria, es viejo en el proceder del *Homo sapiens* y parece formar inclusive parte de su hechura genética. José Ingenieros lo refiere como “sufrir por el bien ajeno” y la gente del vulgo lo conoce simplemente como envidia. Raudón soportó esto con un valor no resignado que acabó finalmente por conferirle, por suerte de la Historia, otro giro favorable a su legitimación de cirujano.

Hoy, el presente ha hecho una cicatriz de pocas marcas entre aquellas márgenes de la medicina misma y la Cirugía y ha sido el hilo de la Ciencia y la Tecnología el que, en un *surjet* continuo, ha borrado los tiempos.

El texto de Izquierdo, Raudón, cirujano poblano... ha tenido gran demanda desde que se reeditó y puede conseguirse

en librerías universitarias o en la propia de la Universidad Autónoma de Puebla.



1. Izquierdo JJ. Raudón cirujano poblano de 1810. Aspectos de la cirugía mexicana de principios del siglo XIX en torno de una vida. Edición facsimilar de la 1a. edición de 1949, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Secretaría de Salud, Gobierno del Estado de Puebla, 1999. 299 págs.
2. Gamboa IA, Ramírez G. José Joaquín Izquierdo Raudón. En: Notas para la historia de la Escuela de Medicina de la UAP. Edición de la propia escuela, 1981. p. 106-7.